



Punto Final 389 (73-97)

895-990

ND 2057

Santiago, marzo de 1997 19

Literatura

BAJO LAS BALAS

Benedicto Chuaqui

Personaje inolvidable



cisos, sin alterar el ritmo de su trabajo; que almorrara diariamente en un restaurante naturista, donde sólo se expendían jugos y guisos vegetarianos, que pontificara acerca del amor conyugal y otras severidades éticas.

Un día pasamos por el Naturalista a la hora de almuerzo, en busca de Chuaqui; yo me hacía a la rastra, pero Durand insistió. Le encontramos mimetizado en un rincón sirviéndose su plato de verduras. "¡Sátense!", nos dijo poniéndose rojo de sorpresa. "¿Quiéren servirse algo?". Durand aceptó a regañadientes una taza de té, yo argüí que había almorrado. "Ahora debo irme", dijo Chuaqui a la vez que terminaba su postre de frutas con crema. "Voy a la reunión de los capítulos (se refería a la Orden Masónica), en seguida pasaré a la Bomba, después iré al Estadio, juega el Colo Colo..."

ALARDE DEL HORARIO

"¿Se da cuenta usted?", me comentó después Durand. "Es como hacer alarde de un horario aunque se venga el mundo abajo".

No recuerdo qué agregué a la voz quejosa de Durand, pero no excluí la posibilidad de que nuestro amigo procediera así dispuesto a imponer su voluntad, sin perder el hilo de su energía ni el rigor de sus hábitos.

Entre muchas virtudes, ostentaba Chuaqui, como ya hemos referido, una voluntad de acero. Debo de haberlo visto por primera vez cuando él tenía unos 46 años y me informaron que antes era muy gordo. Con una estatura escasa, pesaba más de 90 kilos. Pues bien, el árabe obstinado se propuso ser flaco y suprimió el pan y las masas de su alimento cotidiano. Nunca salía de su régimen, pero se arrebataba para comer los granos dulces árabes en las horas dedicadas al esparcimiento. A propósito de estos goces orales, Durand escribió un artículo en *Las Últimas Noticias*, lamentándose de que él no podía comer frutillas con crema debido a que su precio era inalcanzable para un escritor. La crónica estaba inspirada en la estampa de Benedicto comiendo sus frutillas en un espacio del antiguo restaurante. Cuando leyó el artículo un mecenas de provincia, envió un lapicero con pluma de oro al autor de "Frontera".

Las actividades cotidianas no preocupaban a Benedicto de la literatura. Los folletos del Círculo de Amigos de la Cultura Árabe eran impresos de su peculio. En sus páginas se insertaban tres ensayos y una antología poética de los lirados más jóvenes de entonces. El folleto se transformó en el Boletín del Instituto Chileno Árabe de Cultura, que Chuaqui publicaba obteniendo fondos de sus amigos más prósperos. Se había iniciado el declinar de su fortuna.

La fidelidad a sus disposiciones cotidianas era como un ejercicio de su voluntad tenaz. Una mañana, en medio de esas represiones gubernativas de hace más de 50 años, almorrando bajo una sonajera de balas. Fue cerrada la puerta metálica del restaurante; pero llegó el momento imposterizable de salir a la calle. Benedicto se levantó sonriente e inició un tema filosófico, destinado, tal vez, a entonar nuestro paso. Las balas sonaban como ahejas fatídicas, pero no nos apartamos de nuestro rumbo y en la tarde asistimos a la reunión gremial a que nos habíamos comprometido. Había algo de fatalismo oriental en todo esto y también una rara ternura, no retida con la racionalidad semítica, una ternura que no excluía la mirada en perspectiva, distante y rigurosa.

Su salud era frágil; empero él no alteraba el paso de su energía por las reconvenções de los médicos. En ese aspecto tuvo razón y ganó la partida, al vivir más de 75 años. "Si yo me guiara por lo que me recomiendan los médicos", me dijo cierta vez, "ya me habría muerto hace muchos años. Me habrían recluso en la casa, sin tener nada que hacer, consumiendo mi poca vida".

Habría que imaginar cuánto sufrió al caer doblegado de veras. Le vinieron recién operado saliendo de la anestesia; sonreía como si retomara o se asomara desde un mundo mágico, ideal; sus palabras eran dulces y sonrientes. Después, en la convalecencia, se transformó en otra persona, en un ser ensimismado; no obstante, poco a poco, retornó a su paso de apariencia normal, a la dulzura de sus palabras, hasta que la dolencia lo redujo para siempre. Fueron tres años de agónicas circunstancias. Nunca dejó de visitarlo, en la soledad familiar a que se ven reducidos los titanes de la energía, al parecer, inagotable. En la última visita me habló como un Job, acaso su último y más persistente modelo, de los caprichos de la muerte, que se había llevado gente activa y, en apariencia, sana. Nos dimos la mano y lo dejé junto a Chela, su mujer. Después, muy poco antes de morir, me llamó por teléfono, pero no acudí al instante a visitarlo. Uno cree, dentro de su ingenuidad vital, que el tiempo puede detenerse.

Al contemplar su funeral, como él lo deseó, un sepelio de hombre ilustre, con uniformes, cascos barnizados y clarines, pensé en algo que me dijo durante su enfermedad, en medio de la ausencia de algunos amigos: "Yo que he pertenecido a tan diversas instituciones, ahora estoy enfermo sólo con los míos, en cambio, si muriera, vendrían desde provincias para asistir a mis funerales. De qué me serviría todo eso..."

En realidad, se vive rápido y no hay tiempo para detenerse. Benedicto Chuaqui, nacido en Homs, Siria, en 1895 y fallecido en Santiago de Chile en 1970, fue un personaje repujado por la vida y por su voluntad, con tal dureza, que su perfil rebasa la fragilidad humana. Y también la glosa literaria de sus libros escritos en un idioma que no era el suyo, aprendido en los más humildes menesteres con gente muy pobre y arrinconada que sólo usa el lenguaje para sobrevivir y nuestro héroe fue capaz de escribir una obra original, de establecer un hito blanco y definido en la literatura chilena. Su obra primordial, *Memorias de un emigrante*, publicada inicialmente en 1942, mereció hace unos meses una tercera edición.

LUIS MERINO REYES

os ligó con Benedicto Chuaqui una amistad de casi treinta años. Creo haberlo visto por primera vez en una noche de festejos en un hotel de fama. Vi a un hombre de baja estatura, delgado, semi calvo, de tez rosada y anteojos. Yo lo imaginaba gordo y lento para andar, alguien como hermano mellizo de Luis Durand con quien era íntimo amigo. Benedicto me saludó al instante con su mano pequeña y firme y después de las presentaciones del caso nos sentamos a la mesa. Quedamos agrupados con Mariano Latorre y el poeta Omar Corda. En seguida, alguien promovió una discusión política y Benedicto sentenció: "De nada sirven los regímenes políticos, si los hombres que los representan están corrompidos. Sería igual que construir edificios sin cimientos". A mí aquella sentencia me pareció extraña, casi ingenua y no advertí que se establecía entre ambos el asa de una constante y progresiva amistad. Al otro día, Benedicto me envió sus libros con una dedicatoria que reclamaba una amistad pura y duradera.

En esos años yo vivía una existencia difícil, con hijos pequeños, escasa renta y pesados horarios, pero advertí que aquel amigo era un ser singular. Había algo más de lo común en él si se le miraba sin prejuicios. Su afecto real, su rara lucidez, su intuición para entender a la gente de una mirada. Durante muchos años nos hablamos por teléfono todos los días, comíamos en el Club Sirio una vez a la semana y almorrábamos con el Sindicato de Escritores. Creo que con Benedicto Chuaqui carecíamos de secretos, al menos él era incapaz de guardarlos; sólo se interpuso en esa entrañable amistad masculina la sombra corpulenta de otro personaje: Luis Durand. El gordo Durand no rompía que Chuaqui mantuviera la amistad en los lindes pre-

Personaje inolvidable [artículo] Luis Merino Reyes.

Libros y documentos

AUTORÍA

Merino Reyes, Luis, 1912-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Personaje inolvidable [artículo] Luis Merino Reyes.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile